VI

CHARLA DE CORTE

Al día siguiente, á eso de las siete de la noche, la condesa salió con Felipe hacia Versalles.

Una hora antes, había sido avisada por un propio del marqués de Chaverny, de que Peyrolles acababa de llegar al Trianon en compañía del caballero Zeno.

Había aquel día mucha gente en el coquetón castillo que entonces servía de residencia á la corte, mucha más gente que de costumbre.

Sabíase que, por la mañana, madama de Pompadour había sufrido un ataque de nervios tan fuerte, que á punto estuvo de matarla, y todos querían demostrarle su afecto — más ó menos interesado — acudiendo presurosos á enterarse de su preciosa salud.

Según decían, había permanecido más de dos horas desmayada y próxima á expirar y tras de infinitos esfuerzos consiguieron conservarle la vida

En cuanto á la causa de esa enfermedad sólo se sabía por conjeturas, pues no se daba noticia alguna determinada acerca de ella.

Algunos que querían pasar por bien enterados decían que todo era efecto de un disgusto promovido por su padre, Poisson.

Aseguraban saber de buena fuente que el buen hombre había ido por la mañana á visitar á su hija, completamente embriagado y había querido besar á la fuerza á la señora de Hausset, su dama de compañía, y que ésta, esfadada por semejante grosería, dió un par de bofetadas al borracho.

De donde provino á la marquesa un berrinche.

Esta historia era cierta; pero databa ya de ocho días y, por lo tanto, nada tenía que ver con el ataque de nervios de que se hablaba.

Otros afirmaban que éste fué consecuencia de una amenaza de ruptura de Luis XV, quien, cediendo á súplicas de la reina, parecía haber decidido vivir en lo sucesivo como ermitaño y asombrar á todo el mundo por la austeridad de sus costumbres.

Este cuento era realmente inverosímil y no tuvo mucho crédito.

En resumen, no se sabía nada en concreto.

Vamos, pues, á hacer conocer el grave acontecimiento que tanto había impresionado á madama de Pompadour.

La antigua favorita de Luis XV, la duquesa de Châteauroux, había tenido por peluquero á un tal Dagé, maestro en su arte como pocos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Ese artista parece ser que tenía tanta habilidad que, por medio del peine y las tenacillas, convertía á una vieja de sesenta años en una belleza de diez y ocho primaveras.

Por lo cual le ponderaban en todas partes, y adquirió una celebridad casi europea.

Las damas de la corte, principalmente las de edad madura, no podían privarse de él y se lo arrebataban materialmente.

Cuando murió la señora de Chateauroux, Dagé, que la había tomado cariño, no sólo á causa de los preciosos cabellos de que estaba provista, — lo que era digno de considerarse, dada su profesión — sino también por su gracia y su amabilidad, Dagé, decimos, fué presa de verdadera desesperación y abandonó la corte, jurando no volver á peinar en ella á nadie.

Desterróse á Austria, donde hacía ya tiempo que lo solicitaban.

Enterada la marquesa de Pompadour de las notables facultades del peluquero, quiso hacerle volver á Francia, y á ese efecto, mandó que le escribiera Husset varias cartas.

Al principio, Dagé se hizo el sordo; no obstante acabó por contestar, por condescendencia; pero fué para decir que por entonces no le era posible satisfacer el deseo de la marquesa, en vista de sus compromisos con varias princesas austriacas, cuyas cabezas reclamaban cotidianamente sus cuidados.

Entonces se le hicieron promesas espléndidas, ofreciéndole honores.

Llegaron hasta hacer que nuestro representante en Viena negociase su regreso.

No pudiendo resistir más, decidióse Dagé á volver á la corte de Luis XV... y llegó la misma mañana de que hablamos.

Recibióle la marquesa con muestras de la mayor distinción é, impaciente por experimentar su arte, le entregó en el acto su cabeza.

Dagé empezó en seguida su tarea é hizo voltear el peine con destreza extraordinaria; mas, poco á poco, decayó su primer ardor, aflojó la mano y no tardó en temblar hasta el extremo de tener que pararse.

— ¿Qué le pasa, Dagé? — le preguntó madama de Pompadour, creyendo que le imponía, pues tenía el defecto de estar muy orgullosa de sí misma; — ¿no está usted acostumbrado á peinar á personas de elevada jerarquía?

— No es eso, señora — contestó con lágrimas en los ojos el peluquero; — sino que aquí, todo me recuerda *á la otra*, á quien tanto quería.

— ¿Cómo *á la otra?* — preguntó, sobresaltada, la marquesa.

— Sí, señora, *á la que usted reemplaza.*

— ¡Descarado! — exclamó, roja de indignación, la favorita. — Váyase... váyase inmediatamente... y no vuelva nunca.

Dagé, que no esperaba desencadenar semejante tormenta, quedó un momento estupefacto; pero, repuesto en seguida, recogió peines, tenacillas y cepillos, y, saludando á la marquesa, le dijo altivamente:

— Señora, salgo, puesto que usted me lo *ruega*, y para no volver nunca; pero, antes de privarle de mi presencia, me creo en el deber de decirle que no vale usted tanto como *la otra*.

Dicho esto, retiróse con majestuosa dignidad, en tanto que la marquesa, sofocada, ahogada por la cólera, caía en un fuerte ataque de nervios que le duró dos horas.

Afortunadamente no tuvo esa escena más testigos que dos ó tres íntimos.

Una vez vuelta á su estado normal, madama de Pompadour les pidió por favor que no publicasen lo ocurrido, para evitar la ridícula situación en que, de saberse, quedaba ella.

Prometiéronselo aquéllos, y por este motivo, si bien se sabía que había padecido un ataque de nervios, ignorábase totalmente su causa.

Fuera lo que fuese, como ya hemos dicho, todos los cortesanos quisieron probar que se interesaban mucho por la salud de la marquesa, acudiendo á los salones de Trianon.

Como esta última no había salido aún de sus habitaciones, mientras la esperaban, reuniéronse los concurrentes en pequeños grupos, charlando tranquilamente.

Pero cansados de comentar la aventura de la mañana, cambiaron el tema de la conversación.

El duque de Agen, rodeado del príncipe de Baufremont, del marqués de Polignac y del conde de Croixmore, jóvenes tan locos como él, narraba á estos un suceso que acababa de ocurrir al marido de la mar-

quesa, el señor Le Normand de Etioles, desterrado por real orden á los confines de Francia, por donde paseaba su celosa melancolía.

— Acabo de recibir de un pariente mío que vive en Montauban, — decía el duque de Agen, — una carta que cuenta la siguiente anécdota:

Últimamente fué invitado Etioles á cenar en casa del marqués de Rostan.

Un convidado, viejo hidalgo ausente hace más de cincuenta años de París, asombrado por las pruebas de consideración que se daban al hijo del ex arrendador general, preguntó quién era, á uno de sus vecinos.

— Es el marido de la marquesa de Pompadour — le contestaron.

Á estas palabras, el noble campesino llenó su copa, luego, alzándola solemnemente, dijo en alta voz:

— ¿Me permite usted beber á su salud, señor marqués de Pompadour? Crea usted que será un gran honor para mí.

Pueden suponer la cara que pondría el pobre Etioles que, creyendo que el torpe convidado se burlaba de él, quería atravesarlo en el acto.

Afortunadamente le hicieron comprender que aquello no fué sino una torpeza, y consiguieron calmarlo.

Pero, parece ser que, desde hace ocho días no le llaman más que « marqués de Pompadour » en la comarca.

— Tiene gracia — dijo Croixmore, — y voy á contárselo á la marquesa.

— Te suplico que me dejes á mí hacerlo — dijo Agen — así haré las paces con ella.

— ¿Estás, pues, enfadado?

— Sí, y muy seriamente.

— ¿Por qué?

— Porque ayer por la mañana, hablando de manjares, se me escapó una palabra, sin mala intención, que ella tomó por alusión á su familia. En seguida me lanzó una mirada terrible.

— ¡Tate! — exclamó Polignac, dirigiendo la vista á la entrada del salón — ahí viene Richelieu. Yo le creía de guardia en palacio hoy.

— Lo estaba; pero se habrá aburrido y habrá abandonado su puesto. No tiene nada de extraño, pues eso le ocurre muy á menudo.

— Señor duque — dijo familiarmente Agen al verle acercarse — ¿que pasa, que se le ve á usted aquí tan temprano? No esperábamos verle antes de las doce.

— Tengo que hablar al rey — repuso Richelieu.

— ¡Bah! Dice usted eso tan serio, que cualquiera creería que trae una noticia grave.

— Puede decirse que lo es.

— ¿Puede saberse?

— No tengo motivos para ocultárselo á ustedes.

Acabo de saber por el señor de Chaverny, que estaba accidentalmente en palacio con su señora y su hija, que la condesa Aurora de Lagardère piensa venir esta noche á Trianon para presentar á su hijo á la corte.

— ¿La condesa de Lagardère no es la que llaman « la reclusa del Marais »? — preguntó Baufremont.

— La misma.

— ¿Y por qué viene hoy á presentarnos á su retoño?

— Hijos míos — replicó Richelieu, — el mayor de vosotros no tiene aún veinticinco años, y por consiguiente no puede recordar lo que pasó hace diez y siete ó diez y ocho; pero yo, que voy para los cincuenta, tengo aún la memoria muy clara respecto á los acontecimientos de aquella época, sobre todo de dos que produjeron gran sensación.

Y en pocas palabras, puso á sus oyentes al corriente del asesinato del conde Enrique de Lagardère que precedió poco tiempo á la muerte del condestio, á causa de la cual se volvió loca Aurora.

Luego, añadió:

— ¡Pues bien! ese hijo á quien ella creía muerto hace tiempo, es el que la condesa nos va á traer hoy.

— ¡Eso es una verdadera novela!

— Completamente; y más aun, que parece ser que le han devuelto á su hijo en circunstancias muy singulares.

— Cuéntenoslas.

— Por ahora, no las conozco; pero Chaverny, que las sabe, me ha prometido enterarme.

Ahora, permítanme que vaya á avisar á Su Majestad — añadió Richelieu; — la condesa está en camino y no tengo tiempo que perder.

Y desapareció por las habitaciones.

En un segundo esparcióse la noticia por los salones, comentada muy distintamente.

Los ancianos y hasta los hombres de la edad del duque de Richelieu, recordaban tan bien como éste el

asesinato del conde de Lagardère y el misterio que lo había rodeado.

Y comparaban la entrada en la corte de la condesa y la de su madre, la señora de Nevers-Gonzaga á quien, bajo la regencia del duque de Orléans, se vió reaparecer en el momento en que se preparaba á ofrecerse en holocausto á los manes de su esposo, asesinado en los fosos del castillo de Caylus.

De ahí resultaba una agitación febril en la multitud, como ocurre cuando se espera un acontecimiento de importancia.

Además, la venida del hijo que llevaba consigo, de ese hijo á quien había vuelto á encontrar después de creerlo muerto durante tantos años, aumentaba aún la curiosidad general.

Y la gente se preguntaba en voz baja si vendría acompañada de él con el único objeto de presentarlo.

El señor de Valmejo, noble español, que había conocido á Lagardère en Segovia, afirmaba que los representantes de esa familia reaparecían en la corte de cinco en cinco lustros para cumplir alguna terrible venganza.

— Ya verán ustedes — decía, — ya verán, como, á imitación de la duquesa, su madre, la señora de Lagardère acude al rey para denunciar á un asesino.

Como había dicho á Aurora Chaverny, que pasó por Trianon antes de ir á palacio, aquella noche, como de ordinario, estaban Zeno y Peyrolles en casa de madama de Pompadour.

Zeno, sentado en una mesa de juego, y teniendo tras

sí á Peyrolles, estaba jugando con un gentil hombre cliente de su garito.

Absorbíase tanto en su juego, que no oía nada de cuanto se murmuraba en torno suyo.

De pronto notó que le tocaban en el hombro.

Volvióse y vió á Peyrolles, completamente lívido.

El antiguo factótum le hizo una seña para que dejase el juego y le siguiese.

El anciano no necesitó la advertencia tan al azar lanzada por Valmejo, para estar intranquilo.

Una vez retirados en el hueco de una ventana, Peyrolles anunció á Zeno el peligro que los amenazaba.

— ¡Estamos perdidos! — exclamó el veneciano con voz muy alterada.

— Todavía no; hay que detener á la condesa y á Felipe en el camino.

— ¿Cómo?

— Tengo un medio. Usted, que es más familiar que yo aquí, ¿conoce á alguien que quisiera encargarse de un mensaje?

— ¿Qué piensa usted hacer?

— Usted no ignorará que Felipe está perdidamente enamorado de la señorita de Chaverny.

— En efecto, lo sé.

— ¡Pues bien! vamos á enviar á la persona que usted me indique para avisarle que acaban de raptar á su amada.

Precisamente hay un capitán, un tal Fonty, que es enemigo jurado de Felipe, y cuyo nombre nos servirá

muy bien para el éxito de la estratagema que acabo de concebir.

— ¿Por qué es enemigo de Felipe ese Fonty?

— Porque es su rival y poco afortunado — dijo Peyrolles, y añadió sarcásticamente : — Tampoco tiene usted mejor suerte que él; puesto que Felipe le ha quitado el corazón de Bathilde.

— Hasta hace poco — continuó diciendo más seriamente — el señor de Chaverny mantenía á ese oficial en la esperanza de que se casaría con su hija. Pero al conocer á Felipe, ha roto completamente con Fonty, impulsado por la marquesa.

Todo eso lo supe anoche, en el baile del Louvre.

Y hasta oí hablar muy acaloradamente de ello á Fonty, que juraba vengarse de la afrenta que se le hacía.

— ¿Entonces será él el seductor?

— Naturalmente.

— Es que para que el rapto pareciese verosímil, habría que dar detalles. Felipe los pedirá probablemente.

— Eso es muy sencillo. Basta decir que los marqueses de Chaverny han venido á visitar á madama de Pompadour, dejando á su hija en el palacio; y que, enterado Fonty, mandó á uno de sus amigos á decir á Olimpia que sus padres la esperaban, y que durante el trayecto del palacio á Trianon la ha raptado, huyendo con ella de París.

Bien, es bastante admisible. Pero, ¿está aquí ese Fonty? Porque puede llegar la cosa á sus oídos y desmentirla él.

— No; no está aquí. Ayer, en el baile, cuando se vanagloriaba falsamente de haber ejecutado una acción heroica, quedó muy corrido, y tardará algunos dias en presentarse otra vez en la corte.

Además, no debe propagarse la noticia; es menester que quede entre nosotros y la persona que lleve el encargo; dicha persona debe ser de absoluta discreción.

¿La tiene usted á mano?

De ser así, démonos prisa, pues la condesa y su hijo estarán ya camino de Versalles y cada momento que pasa puede ser el de nuestra pérdida.

— Creo tener nuestro individuo — repuso Zeno.

El veneciano volvió á la mesa que había abandonado, en la cual continuaba su contrincante, que le esperaba para terminar la partida empezada.

— Bersac — le dijo — desearía que me hiciese usted un favor.

— Estoy á su disposición — contestó el interpelado.

— Sin embargo, primero acabaremos la partida — añadió enseñando las cartas.

— No; tiene que ser en seguida; se la doy por ganada; puesto que soy yo quien dejo voluntariamente el juego, y le permito recoger mi postura y la suya.

— ¡Ah! ¡en ese caso, me es indiferente! — pero permítame un consejo, caballero : me parece que se vuelve usted muy pródigo; mire, ninguna fortuna resiste á ese gran defecto...

Ahora, estoy á su disposición; ¿de qué se trata?

Y, al levantarse, guardó en el bolsillo unos cincuenta luises, producto de la partida.

— Venga conmigo — le digo Zeno, llevándoselo adonde estaba Peyrolles.

No tenía el tal Bersac gran entendimiento.

Era un buen muchacho, algo cándido, que vino de Languedoc á París para despabilarse.

Desgraciadamente, no fué su imaginación lo que se despejó en la moderna Babilonia, sino la bolsa, que, siempre abierta, dejaba caer en verdadera cascada, en cuantos tapetes verdes encontraba, los luises y escudos que su familia le enviaba constantemente.

Así es que nunca tenía un céntimo, y la suma que con tanta facilidad acababa de ganar, obligábale á agradecer la generosidad del á quien se la debía.

Peyrolles le dió á entender rápidamente lo que esperaban de su amabilidad.

— Lo que usted va á hacer — le dijo — es una buena acción, por la que le tendrán eterno agradecimiento las personas interesadas.

Y hasta nosotros mismos, el señor embajador y yo, que queremos mucho á los Chaverny, le damos ya las más sinceras gracias.

— Al contrario, yo soy el que debo estarles agradecido — dijo Bersac, — porque si, cumpliendo el mensaje que ustedes me encargan, consigo salvar el honor de la señorita de Chaverny, tendré en ello mucha gloria, se lo aseguro.

Y sin pedir más amplias explicaciones dispúsose á salir.

— No diga una palabra á nadie — le recomendó Peyrolles.

— Pondré un candado en mi boca.

— Bueno. Ahora, corra usted. Coja el mejor caballo que encuentre, y siga todo derecho la carretera principal, por donde debe de estar rodando la carroza de la condesa.

Tenga cuidado de no perderla, y en cuanto la vea, dé la noticia, de preferencia al joven, sin olvidar decirle que Fonty se ha refugiado en París con su presa.

— Descuide usted, no lo olvidaré.

Y dichas estas palabras, marchóse el inocente provinciano.

Una vez solos, miráronse con ansiedad Zeno y Peyrolles.

¿Resultaría bien esa maquinación é impediría realmente la llegada de Aurora y su hijo?

— Y aunque salga bien — observó el veneciano — eso no retardará más que un día nuestra caída.

— Tenemos todo el día de mañana para nosotros, — replicó Peyrolles, cuya fisonomía adquiría siniestra expresión. — ¡Y en un día pueden hacerse muchas cosas!

Si yo hubiera podido prever que la condesa iba á encontrar hoy á su hijo, ya hubiera obrado; pero me ha cogido de improviso.

Menos mal que se me ha ocurrido la idea del rapto; así tenemos libre la noche.

— Es verdad, disponemos de mañana... — replicó Zeno.